

CAPITULO VIII.

BOSQUEJO GENERAL QUE SIRVE DE RESUMEN Y DE TRANSICION.

Al punto á que hemos llegado, nos es fácil dominarnos lo suficiente para darnos cuenta del camino andado, y del que aun nos queda por hacer.

Nos hemos anticipado en mostrar el fondo del abismo y el término de la marcha fatal que describimos.

Hemos llegado en esa marcha al siglo diez y ocho, época de la destruccion total de las creencias.

Esta revolucion en el estado de las almas, que no tardaron en traducirla de tan terrible modo en el estado de los gobiernos y sociedades: ¿era la primera y debia ser la última? ¿Carecia de madre y no debia tener hija?

Tal es la doble pregunta que podemos hacernos, al punto á que hemos llegado: una que mira á nuestro presente, otra que mira á nuestro porvenir.

La que mira á lo pasado, creemos haberla aclarado y resuelto.

“La Revolucion que engendrará esta situacion,” ha dicho un hombre, demasiado enfermo del mal que describia para que negarse pueda la autoridad de su lenguaje, “no data de ayer ni de 1789; viene de muy atras,

por lo menos se remonta al siglo quince. (1) Ha sido el carácter agudo y distintivo del siglo diez y ocho; pero no ha hecho mas que acabar esta lucha, puesto que no la habia comenzado. El siglo diez y ocho ha sido el desenlace de la primera época de la Revolucion en cuyo seno nos hallamos; no tuvo la iniciativa de esta Revolucion, ni inventó ni estableció los principios; pero la popularizó é hizo descender hasta el fondo de la sociedad sus resultados. Por eso ha desempeñado tan eminente papel en esta Revolucion, y es cierto que fué sobre todo en ese siglo cuando todos pudieron conocer el asunto de que se trataba.” (Jouffroy, *Curso de derecho natural*, 10.^a leccion.)

El mismo Mr. Guizot acusa vivamente esa relacion de la Reforma con la Revolucion: “La crisis del siglo diez y seis, dice, no era simplemente reformadora, sino tambien *esencialmente revolucionaria*. Imposible es quitarle este carácter, sus méritos y sus vicios, cuyos efectos ha sentido.” (*Historia de la civilizacion en Europa*, 12.^a leccion.)

En todo lo que precede nos hemos propuesto hacer ver esa filiacion entre la revolucion religiosa del siglo diez y seis y la del siglo diez y ocho, entre el Protestantismo y el Filosofismo. Ya hemos manifestado desde su principio y sucesivamente *el asunto de que se trataba*, como dice muy bien Jouffroy, y *que todos no pudieron conocer* hasta el siglo diez y ocho. No han tenido Lutero y los primeros protestantes la conciencia de los resultados de la revolucion que hacian; pero seguramen-

(1) La Revolucion viene en efecto de muy atras y es preciso ir á buscar su fuente en el espíritu de revolucion que existe en el corazon del hombre desde su caida. Pero lo que hace que solo se remonte al siglo diez y seis, es que solo en esa época se erigió la revolucion como principio en religion por el *protestantismo*, cuyo nombre es la acusacion.

to puede decirse de ellos lo que se ha dicho de Voltaire y de los enciclopedistas, con respecto á la destruccion que se siguió á sus doctrinas: "No ven lo que hacemos; pero han hecho lo que vemos."

Fortuna es que, para iluminar al mundo, permitió la Providencia que anticipadamente recogiese el Protestantismo algunos de los frutos de muerte que mas tarde habian de completarlo; tales son el Filosofismo, el Jacobinismo, el Socialismo; y no sin mucho fundamento se opuso Francisco I, y dijo: "Que esa novedad tendia completamente á destruir la monarquía divina y la humana."

Un apologista declarado de la Reforma, al citar esas palabras de Francisco I, no puede menos de observar que la Revolucion francesa ha sido un corolario lejano de la Reforma. "Vuelven á hallarse, dice, entre algunas de las exageradas sectas que provienen de la Reforma, tales como las de los Anabaptistas, en su principio, las mismas pretensiones de libertad y de igualdad absolutas que causaron los excesos de los jacobinos en Francia. La ley agraria, el pillage hácia los ricos formaban ya parte de su programa, y hubiérase podido inscribir en sus banderas: *¡Guerra á los palacios, paz á las chozas!* (*Ensayo sobre el espíritu é influencia de la Reforma*, por Carlos Villers, 5.^a edic, p. 117.)

Solo en las *sectas exageradas de la Reforma* se produjeron, desde el origen, el Jacobinismo, y como lo veremos mas tarde, el Socialismo mas sistemático y el mas parecido al de nuestros dias: en el seno de la Reforma, su predicacion daba frutos semejantes [1].

(1) "La instruccion que las gentes del pueblo reciben de este Evangelio es de tal naturaleza," (decia sobre el origen de la Reforma uno de los hombres mas inclinados á esta; pero que se le separó horrorizado de sus frutos. Era uno de los venerados de Alemania, donde le llamaban el *Xenofonte Nurembergués*, y era su legítimo nombre Wilibald Pirkeimer,)—"que no se ocupan de otra cosa mas que de la

Han honrado ó acriminado á Juan Jacobo Rousseau por su *Contrato social*, que ha sido el evangelio de la Convencion, y que aun lo es de los Socialistas; pero el filósofo de Génova no ha sido en tan funesta concepcion mas que un discípulo del calvinismo. No salió de su cerebro la *doctrina de los pactos*. Tuvo el honor de que lo refutase Bossuet, en la persona de Jurieu, que la profesaba desde antes de un modo aun mas extravagante, puesto que no solo la aplicaba á las relaciones de pueblo á soberano, sino á todas las relaciones naturales, aun las de la familia. "Es, dice, contra la naturaleza el *entregarse sin algun pacto*. No hay relacion alguna de señor, de sirvientes, de padre, de hijo, de marido, de muger, que se hayan establecido por medio de un *pacto mútuo* y obligaciones mútuas: de suerte que, cuando una parte falta á sus obligaciones, *igual falta recae en la otra*." (Carta XVI, p. 124.)

Este se estiende mas que el *Contrato social* y no deja nada de pié en la sociedad. En cuanto á las relaciones

reparticion general de bienes y de fortunas; y de hecho, si no fuese por la vigilancia de los magistrados y el temor del castigo, pronto se veria organizarse un vasto pillage, como se ha visto ya en otras partes." (Murr's *Journal zur Kunstgeschichte und Literatur*, part. X, ps. 39-46.)

"Los ministros, dice igualmente Mézerai, tenian tal inclinacion á independerse de toda autoridad, que mas hubieran hecho, si mas hubieran podido. Predicaban en Guena (y tambien en otras partes) que los prosélitos de su religion no pagarian obligacion alguna á los gentiles hombres, ni mas tributos á los reyes que los impuestos por ellos, los ministros, que los reyes no tenian mas poder que el que fuese del agrado de los pueblos. . . . De suerte que, cuando los procuradores de los gentiles hombres les pedian las rentas, respondian que se las enseñasen en la Biblia. . . . Cuando les hablaban del rey. ¿Qué rey? decian; nosotros somos los reyes, y ese de quien nos hablais no no es mas que un niño; ya tomaremos á nuestro cargo el darle un dia sendos azotes, y le enseñaremos á que gane su vida como los demas." —(*Historia de Francia, Paris, 1687. T. III, p. 73.*)

de pueblo á soberano, la política de Jurieu era tambien á propósito para sublevar todos los Estados: júzguese de ello por esta máxima que hubiera podido ser grabada en el frontis de la Convencion: "Preciso es que haya en las sociedades cierta autoridad que no necesite tener razon para hacer válidos sus actos; porque esta autoridad reside en el pueblo."

Justo es sin duda, hacer que recaiga sobre Jurieu y Rousseau gran parte de la responsabilidad de estas doctrinas; pero no lo seria descargar de ella completamente á la Reforma que les ha dado el espíritu.

Preciso es adherirse al espíritu, á la esencia del Protestantismo para conocer su relacion incontestable con el Filosofismo y la Revolucion.

El Protestantismo rompió el ataque contra las creencias, y consumió la ruina de estas, y la de los gobiernos y las sociedades. El principio del libre exámen debia conducir á la libertad de pensar. Puesta la razon humana como intérprete esclusiva de los misterios y leyes del órden sobrenatural, no podia ejercer su ministerio sin destruir este órden, puesto que la naturaleza de este órden es sobrepujar á aquella. No hay raciocinio mas claro ni mas cierto que este en las matemáticas.

El resultado ha venido á confirmarlo de un modo singularmente notable, mostrando este principio del libre exámen erigido por Lutero, yendo sucesivamente de la negacion de la enseñanza á la de los sacramentos, de la de estos á la de la redencion que les dió vida, de la de la redencion, á la de la divinidad de Jesucristo que la formó, de la de esta á la de toda revelacion del órden sobrenatural, y en fin, á la del mismo órden sobrenatural, sin detenerse hasta llegar al seno del Naturalismo, que es el pié llano de la razon.

Cada una de estas negaciones ha sido suficientemente caracterizada para crearse un nombre ó dársele á sus

autores, pues se han llamado sucesivamente Luteranismo, Calvinismo, Socinianismo, Teismo, y despues Filosofismo puro ó Naturalismo. Tal es la cadena que liga las dos revoluciones del siglo quince y del diez y ocho, siendo muy particularmente el Socinianismo el anillo de union.

De ahí resulta, que estas dos revoluciones vienen á ser bajo los nombres genéricos de Protestantismo y de Filosofismo dos épocas distintas de una misma revolucion.

Sin duda, y eso es lo que impide poseerse bien de esta identidad, ninguna de las negaciones fué borrada por la que engendró, sino que vivieron juntas, y muchas veces en hostilidad; el Luteranismo no cedió el puesto al Calvinismo, ni este al Socinianismo, ni todó el Protestantismo al Filosofismo, y aquel sigue subsistiendo con vida propia, despues de haber producido á éste, y por este al Socialismo. Por darla no se pierde la vida. El Protestantismo es un padre que ha dado el ser á varias generaciones y que las ve desarrollándose en el vicio orgánico que él les trasmitiera. No aprueba este vicio y sus estragos, y aun á veces lo niega y lo combate, tanto mas cuanto que ese vicio es su acusador y lo compromete; pero no prueba que de él no provenga, que es reproduccion suya, desarrollo suyo en la persona de Voltaire ó de Proudhon. Os conozco, sois Lutero. Y es lo cierto que aparte la genealogía que atestigua esa identidad de raza, con frecuencia la delatan las debilidades de la sangre.

La destruccion sucesiva de las creencias, debia producir otra destruccion paralela: la de los gobiernos y las sociedades. Los gobiernos y las sociedades modernas, nacidos del Cristianismo, formados sobre los principios divinos de autoridad, de libertad y de caridad, cuyo acuerdo y equilibrio en el seno de la Iglesia hemos ad-

mirado, no han podido sobrevivir á la destruccion de estos principios, y de las creencias que lo vivificaban. Cada revolucion, cada negacion en el órden de estas creencias, ha debido producir una revolucion y una negacion correspondientes en el órden político y social. Si la sabiduría antigua y la esperiencia universal del género humano bastan para establecer que una sociedad no podria subsistir sin religion: ¿qué es de una sociedad fundada por la religion y elevada por esta misma religion á una civilizacion que le debe todos sus principios, caracteres y grandeza? ¿Cuando se cae de tan alto, á dónde se va á parar si no es á algun abismo?

Reservado le estaba al siglo último negar esa gran verdad con audacia nunca vista; y probarlo del modo mas horroroso. Esa gran verdad ha naufragado tan completamente entre nosotros, que solo desde hace algun tiempo ha comenzado á reaparecer, y para darle crédito, es felicidad nuestra poder recurrir aquí al socorro de uno de los que la atacaron; como si las verdades las mas consagradas no pudiesen hoy recobrar su fuerza sino por medio de los mismos que se la han quitado.

“Son de tal naturaleza las cuestiones religiosas, dice Jouffroy, que es absolutamente preciso que las naciones como los individuos tengan respuesta que darle, para organizar su vida y crearse un sistema de conducta. ¿Como quereis que gentes que no saben ni cómo, ni con qué fin están sobre la tierra, sepan lo que han de hacer de la vida, y cómo quereis que no sabiendo lo que han de hacer de la vida, sepan de qué modo han de constituir, organizar y arreglar la sociedad? Cuando se ignora el destino del hombre, se ignora el de la sociedad; cuando se ignora el de la sociedad, no se la puede organizar. Luego la solucion del problema político está en una fé moral y religiosa; fé de que carecemos, y mientras no la tengamos, todas las revoluciones materiales imaginables

serán nulas para la sociedad. He aquí, señores, lo que nunca meditaria demasiado el que desease formarse una idea justa y exacta de nuestra situacion: no es otro el secreto de la situacion.” (*Del escepticismo actual*, décima lección del curso de derecho natural, p. 296.)

La antigua sociedad francesa tenia una organizacion social, “¿y de dónde le habia venido esta organizacion social, minada, desde hace tres siglos, y derribada por nuestra revolucion? de las soluciones que diera el Cristianismo á las grandes cuestiones humanas. Estas soluciones, señores, no eran negativas como las que nos proponen los grandes hombres de nuestra época; en todo, en la moral, en el arte, en la religion, en la política, daban consecuencias positivas, dejando en la sociedad ciertas instituciones, ciertas leyes; y en el poder, cierta organizacion y cierta forma: implícitamente se contenia y vivia en germen en las soluciones cristianas un órden social y político, que de estas debia salir, é históricamente ha salido.” (*Idem*, *ibid.*, p. 295.)

No aceptamos sin reserva esas palabras de Jouffroy, que implicarian cierta solidaridad entre los principios absolutos y eternos del Cristianismo, y el modo de organizacion social y política que afectaba la antigua sociedad. En esta sociedad habia dos cosas distintas por su naturaleza, aunque asociadas por sus relaciones: el órden espiritual y el temporal, estrechamente unidos sin confundirse, y cada cual con su especial modo de ser. El órden temporal habia salido y continuaba viviendo del espiritual, penetrándose de los principios eternos de autoridad, de justicia, de caridad, de resignacion, de obediencia, vivificados por la fé en las verdades sobrenaturales que los causaban, y de que era la Iglesia depositaria y dispensadora: pero seria inesacto decir que esta cierta forma de la sociedad, esta cierta organizacion del poder, estas ciertas instituciones que componian lo

que se llama el *antiguo régimen*, fueron el producto necesario del Catolicismo. Bastará dar como prueba el hecho de que el Catolicismo no ha variado en diez y ocho siglos, ha permanecido inmutable sentado sobre su símbolo, sobre su moral, sobre su tradicion apostolica, y que la forma de la antigua sociedad, la organizacion de su poder y de sus instituciones presentan un desarrollo continuo; una sucesion de regimenes tan diferentes unos de otros, que lo que se ha convenido en llamar el antiguo régimen, difiere políticamente del en que vivimos. Las causas de este desarrollo que son puramente humanas, políticas y sociales, han ejercitado la observacion de los modernos publicistas, quienes las han descrito y atestiguan una existencia propia, fuertemente acentuada y distinta del órden espiritual, que solo le inspiraba los celestes principios de su doctrina, que solo le prestaba el fundamento divino de la sociedad, y que despues la dejaba entregada al libre desarrollo de su formacion y de su destino.

Salva esta reserva, nos congratularnos de ver que la palabra de Jouffroy confirma el punto de partida de nuestra obra, cuando dice que el órden social, minado desde hace tres siglos y derribado por la revolucion, habia salido de las soluciones que diera el Cristianismo á las grandes cuestiones humanas, y descansaba en estas soluciones. No nos congratulamos menos de oírle profesar que las naciones, como los individuos, necesitan resolver esas grandes cuestiones, no pueden vivir sin una fé moral y religiosa, y que á la ausencia de esta fé debemos atribuir nuestras impotencias, agitaciones y revoluciones. Palabras preciosas que nos complacemos en reunir con estas de Mr. Guizot: "desde que el hombre cesa de creer en el órden sobrenatural y de vivir bajo la influencia de esta creencia, al punto mismo el desórden entra en el hombre y en las sociedades de los hombres;

allí donde la fé en el órden sobrenatural no existe, las bases del órden social y moral se quebrantan mas y mas y profundamente."

El hecho de que tales bocas reconozcan estas verdades, promete y anuncia ya un cambio muy saludable.

Ló aprovecharémos para deducir tres consecuencias que necesariamente encierran, y que son innegables.

Las consecuencias son estas:

Que necesitamos una doctrina que resuelva con certeza las grandes cuestiones del destino humano;

Que no hallándose ninguna que sea mejor ni tan buena como el Cristianismo, al Cristianismo debemos dirigirnos;

Y en fin, que esta doctrina, estas soluciones y estas creencias las derribó el siglo diez y ocho, despues que las minó el diez y seis, y por eso nos es preciso abjurar el espíritu de esos dos siglos, esto es, el Filosofismo y el Protestantismo.

O retirais vuestras premisas, ó confesais esas tres consecuencias.

Jouffroy confiesa la primera, y no la admite Mr. Guizot.

Mr. Guizot confiesa la segunda, y no la admite Mr. Jouffroy.

Y en fin, ni uno ni otro admiten la última.

Tócale, pues, al sentido comun, superior á ellos y á mi, conferir la razon á quien la tenga.

Nos es preciso volver al órden sobrenatural, dice Mr. Guizot. Muy bien. ¿Pero en qué consiste el órden sobrenatural? Dignaos mostrárnoslo, revelárnoslo, fijarlo en una doctrina que admitir puedan todos los espíritus: dadnos *soluciones*, como dice muy bien Jouffroy, mas libre en esto que Mr. Guizot; porque lo que á cada cual nos hace falta, y á la sociedad sobre todo, y á las masas, no es la noción vaga de un órden sobrenatural, lo

que no es mas que el problema, sino *soluciones*, soluciones tan formales como las que da el Catolicismo, puesto que deben responder á las mismas cuestiones; es, en una palabra, como tambien lo dice Jouffroy, un sistema de creencias, un *Credo*. En este primer punto, el sentido comun da razon á Jouffroy y á nosotros, contra la vaga doctrina de Mr. Guizot.

¿Y de qué modo opina Jouffroy acerca de nuestra segunda consecuencia? Hélo aquí.

Da por concluida la época del Cristianismo. "Nos hace falta un *nuevo* gérmen, *nuevas* soluciones para media docena de cuestiones, á las que antes respondia el Cristianismo, y á las que ahora nada puede responder. Mientras que estas soluciones, á cuyo solo nombre es dable que se organice la sociedad de un modo verdadero y conforme á las necesidades de los espíritus, no se hallen, volveremos siempre al mismo círculo vicioso y á la misma impotencia...." Y al tratar de ese gérmen de creencias nuevas, 'ese algo desconocido, oculto en el porvenir, objeto misterioso, programa indescifrable de todos los movimientos que nos agitan,' ¿cuando aparecerá? será menester esperarlo aún mucho tiempo?—Es muy posible, responde Jouffroy, que antes que las creencias del porvenir se formulen é implanten en las masas, dándoles el *Credo* á que aspiran, se sucedan muchas generaciones.... Hoy no existe el menor indicio de aparicion de nuevas soluciones, por lo que estamos lejos del desenlace. Los periódicos que diariamente pregonan un mejor orden de cosas, no definen este mejor orden; dicen muy bien que no basta lo que hay, pero no dicen lo que es menester sustituir á lo que hay; y es porque lo ignoran; porque presienten como el pueblo esas verdades, sin conocerlas mas que el pueblo. Estarian en las verdades si conociesen que no las conocen; y lo estarian mas aún si comprendiesen que no pue-

den conocerlas. Tal es, señores, el modo de tener el espíritu tranquilo en esta época de fiebre y de agitacion....."—Acabemos —¿Pero en fin, de dónde nos han de venir esas verdades? ¿quién nos las traerá? ¿Cuál es el Dios, el Salvador que ha de venir á poner término á nuestra larga espera?—No será un Dios el que nos traiga esas soluciones; porque "no pueden ser sino el resultado de un trabajo penoso, lentamente ejecutado.... fruto de la meditacion solitaria de los pensadores...." (*Del Escepticismo actual*, curso de derecho natural, 10ª leccion, páginas 303, 304, 301, 299.)

En 1834, año en que se pronunciaron estas palabras y fueron acogidas con entusiasmo, hubiera sido necesario refutarlas, y algun trabajo habria costado desimpresionar á esa época de su perniciosa confianza en la panacea filosófica. Hoy, seria abusar de las grandes lecciones con que la Providencia ha respondido á las de Jouffroy, hacer resaltar la locura de estas, y debemos limitarnos á la espresion de una piedad respetuosa, y de un interés profundo por las enfermedades del espíritu humano descarriado fuera de la verdad.

Necesitando la sociedad resolver las grandes cuestiones del destino humano, y correr el riesgo mas que probable de no conseguirlo nunca;—las soluciones deben ser formales como las cuestiones que deben resolver, y tambien ser unas como la verdad que han de espresar, y la sociedad á quien tienen que satisfacer; siendo el Catolicismo el único en poseer estas soluciones formales y experimentadas, si las hay, es evidente que solo á él debe pedírselas la sociedad, só pena de no conseguirlas nunca y de morir á causa de esta privacion: esto dice la lógica y el sentido comun.

Queda la última consecuencia, de la cual soy dueño absoluto, desde que las dos primeras me han enseñado

que la sociedad nunca habrá abjurado lo bastante el espíritu de los siglos quince y diez y ocho, del Protestantismo y del Filosofismo.

Tal consecuencia es el objeto de esta obra, y fuerza es reconocer que la parte razonable de las enseñanzas de Mr. Guizot y de Jouffroy la autoriza plenamente.

Deben reconocer, en efecto, todos los espíritus libres de preocupaciones, que el movimiento causador de la caída de las creencias, data del siglo diez y seis, y es uno con el que la consumó en el siglo diez y ocho. Que esta caída de las creencias trajo la del orden social que habian formado aquellas, y que sobre sus ruinas jamas podrán alzarse las de la sociedad; que por consiguiente la causa de estas ruinas, el espíritu del Protestantismo, del Filosofismo, la libertad de exámen, la libertad de pensar, aplicadas al orden sobrenatural, son lo mas funesto que puede haber para la sociedad, lo mas incompatible con su restablecimiento y curacion.

Tal es la conclusion que ya podemos deducir.

Pero hasta ahora no la deducimos mas que de un aspecto de nuestro asunto, y hemos dicho que habia dos: uno que se refiere á lo pasado; y otro que mira al porvenir; uno que nos hace ver la revolucion del siglo diez y ocho como resultado de la del siglo diez y seis; otro que nos la hace ver como principio de una tercera revolucion mas radical y mas social. Esta tercera revolucion es la del Socialismo, que es á la del Filosofismo lo que ésta á la del Protestantismo, la primera de todas, ó mas bien la sola continuada bajo diversos nombres, sin que deba hallar término, si no abjuran su principio, mas que en la destruccion final de la sociedad, cuyo primer fundamento ha minado.

“Queremos la igualdad real ó la muerte, decia un fanático de 93 (que á haber vivido en 1848 hubiera tenido el honor de pertenecer al gobierno.) ¡Infeliz de quien

hiciese resistencia á tan pronunciado voto!—La revolucion francesa no es mas que la precursora de otra mayor, mas solemne, y que será la última.... ¡Perezcan si es necesario las artes, siempre que nos quede la igualdad real!”

Este grito salvaje, aun en 93, debia formularse en discursos parlamentarios el año 1848, y proferirse, las armas en la mano, por media parte de la sociedad contra la otra media.

Necesitamos hallar la ley de este nuevo desarrollo de la destruccion. Es muy sencilla.

Ya hicimos ver que la destruccion de las creencias, el Naturalismo, haciendo de los bienes de este mundo el único fin de los destinos del hombre, debia traer el Socialismo; y que tambien del seno del Naturalismo y de las ruinas políticas que fueron su primer resultado, alzóse el Socialismo y lanzó ese grito salvaje de que no ha mucho hicimos mencion.

Pero una causa nueva de subversion mas profunda debia unirse á la de la destruccion de las creencias, y esta causa es la indagacion de creencias nuevas, el ensayar y poner en accion sistemas nuevos.

Si por la destruccion de las antiguas creencias, habian derribado el edificio, con buscar y aplicar dogmas nuevos se derribaban hasta los cimientos.

¿Qué disposicion los indujo á esta nueva causa de subversion? Jouffroy nos lo ha hecho ver, y va á acabar de explicárnoslo con su admirable sagacidad:

“En el siglo diez y ocho, dice, la desercion de las convicciones antiguas no iba del todo acompañada de la necesidad de creer. Esta necesidad no la hacen notar en manera alguna los escritores escépticos de aquel siglo, hostiles á las creencias recibidas. Están penetrados de la mision de destruir que desempeñan; pero tan lejos está de su corazon la necesidad de creer, que se re-

gocijan en su escepticismo, y de él triunfan, y es á sus ojos el mas bello título de gloria.

“Hemos llegado á una época en que el resultado de esta lucha destructiva subsiste, pero en que, junto á este resultado, ha dejado de subsistir esa alegría de no creer que lo acompañó en el siglo diez y ocho. Grande es este cambio, señores; y debia suceder. En efecto, no está en la naturaleza del espíritu humano carecer de luces en las cuestiones que le interesan; cuando el espíritu humano ha perdido la verdad, necesita recuperarla, no puede vivir sin ella. Así que solo por una ilusion pasagera creyó el primer período de una época revolucionaria hallar el reposo en el escepticismo; una vez conseguida la victoria, disípase la ilusion y renace la necesidad de creer, y con ella todas sus consecuencias. He aquí, señores, el punto en que nos hallamos.” (*Lecion sobre el Escepticismo actual*, ps. 281, 282.)

Esta consideracion que el estado del espíritu de Jouffroy no le permitia ver en toda su profundidad, es una de las en que nos apoyamos mas en la segunda parte de esta obra.

Bueno es indicar, desde ahora, toda su trascendencia.

Tan religioso es el hombre por naturaleza, tan ha sido hecho para la verdad divina, y tan necesaria le es para su existencia esta verdad, y sobre todo para su existencia social, *que no puede vivir sin ella*, como dice muy bien Jouffroy, y que apenas la ha perdido, aunque haya sido voluntariamente, aun criminalmente, impúlsale la *necesidad de volverla á hallar*, ó de crearse sistemas que la reemplacen.

Independientemente del instinto religioso, razones sensibles, que es fácil deducir, vienen á acusar este fenómeno.

Destruidas sucesivamente y rechazadas por la razon las soluciones que la religion daba, no por eso dejan de

existir. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Cómo estamos en la tierra? ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué hay pobres? ¿Por qué hay ricos? ¿Por qué esta lucha interior entre nuestras inclinaciones y nuestros deberes? ¿Por qué esta lucha exterior entre el mérito y el infortunio? ¿No son por esto mismo legítimas nuestras inclinaciones naturales? ¿No son preocupaciones los deberes que las contrarian? ¿Es el mérito un título cierto á la recompensa? ¿Es injusticia el infortunio social? ¿Y la sociedad, qué es la sociedad? ¿Cuáles son los fundamentos del poder que ésta se arroga? ¿Cuáles los títulos de la justicia que pretende ejercer? ¿Tiene la razon el vencedor ó el vencido? ¿Quién es el justo? ¿Quién es moral? ¿Qué es la verdad y dónde está? Todas estas preguntas, y otras innumerables, quedan en pié, despues que se han desterrado todas las soluciones que la religion les daba.

¿Qué digo? desde ese momento empiezan á existir; nacen con la pérdida de las soluciones. No puede haber cuestion habiendo solucion; una cuestion resuelta deja de serlo. Esto hace que las épocas de incredulidad lo sean necesariamente de revolucion. Entonces nacen y se propagan las cuestiones. *Todo se reduce á cuestion*. Y es una bella terrible prueba de la necesidad de la religion, como fundamento de la sociedad, y en particular del carácter eminentemente social del Cristianismo, ese caos de cuestiones y de ruinas que siguió á su destierro de la sociedad.

En tal situacion, que fué la del siglo diez y ocho, debia suceder de dos cosas una: ó la sociedad se reconciliaba con las soluciones dadas por el Catolicismo, ó se disponia á buscar nuevas soluciones; porque eso de seguir en la negacion pura y en el escepticismo era imposible.

Pero el fin á que deseábamos llegar, al que no llegó

Jouffroy, por estar muy de lleno en el partido filosófico, y no haber recibido las lecciones de esperiencia que surgieron de su tumba, es que la averiguacion de nuevas soluciones debia conducir á la sociedad á abismos mas profundos que los abiertos para ella cuando perdió las soluciones antiguas.

Fúndase esto en dos razones: es la primera que engañando esa averiguacion á la sociedad con la falaz promesa de nuevas soluciones le impedia volver á las soluciones verdaderas, antes la alejaba de estas mas y mas, y daba origen á una oposicion fria y sistemática, sucesora de una hostilidad violenta, y por lo violenta susceptible de reaccion; es la segunda, que para sostener su promesa y no desmentir su programa, programa que la sociedad le trazaba todos los dias, porque era el de su existencia, veíase obligada esta averiguacion de soluciones á darlas insignificantes, ó mas bien necesariamente malas, insensatas, desastrosas.

Digo necesariamente, porque en efecto, incapaz como lo es la razon humana de interpretar las soluciones del orden sobrenatural que es superior á ella, aun es menos capaz de hallar, de crear tales soluciones. ¿Qué no será, cuando á su natural incapacidad de hallarlas une la condicion que se habia impuesto de encontrarlas repudiando las verdaderas, decretándoles el fin, sellando la piedra de su sepulcro, y haciendo luego la oracion fúnebre? (1)

¿Qué podian ser las soluciones debidas á tan ciega pretension sino raptos de demencia, y qué fin debia aguardarles sino el profundo abismo?

Esta pretension de hallar soluciones *nuevas* á las grandes eternas cuestiones de la vida humana, y la averiguacion de estas soluciones han sido ejercicio nuevo

(1) *Como acaban los dogmas*, célebre artículo de Jouffroy.

del espíritu humano que se ha creado un nombre tambien nuevo: el *Racionalismo*.

El Racionalismo ha inaugurado una nueva era de extravío. Habia destruido el Filosofismo las antiguas soluciones; obra de pura negacion, que, á partir de Lutero, sucesivamente y por una serie de negaciones crecientes condujo al mundo al Naturalismo; el Racionalismo, que en tal estado halló al mundo, trató de regenerarlo, de reemplazar la religion, de hallar dogmas, y de hecho ha profesado sistemas cuya sucesion y marcha no han sido menos características que las negaciones del Filosofismo, y que, cavando mas el abismo, sacaron de él el Panteísmo en el orden de las doctrinas, y el Socialismo en el de las aplicaciones.

Este nuevo aspecto es el que vamos á describir ahora, y será el objeto de la segunda parte de esta obra.

El Panteísmo, que especialmente nos ocupará, no lo juzgaremos solo con la caida final del espíritu humano lanzado por el principio de la libertad de pensar á todos los extravíos, sino tambien como un resultado mas inmediato de la dogmática del Protestantismo como heregía; y partiendo de ahí abrazaremos la relacion de todas las heregías con el Socialismo.

